

## LIBRO PRIMERO

### LOS MISTERIOS DE LA CRIPTA

---

#### I

#### LAS TRES MARIAS DEL MAR

Hay una región, una aldea que se llama las Tres Marias del Mar. Repítese uno con agrado ese nombre y escúchalo el oído como un ritmo dulce y acariciador, como una frase musical, conocida y amada, que nos vuelve á la memoria en las horas de soñación perezosa y solitaria.

Las Tres Marias del Mar : ese nombre es una letanía : largo, lento, ungido, y encantador como una oración. Y realmente existe en medio de la inmensa soledad de las playas insalubres y arenosas que no tienen fin, en una región desolada, triste como un desierto, retirada del mundo, donde se halla la pequeña aldea de pescadores que surgió, sin saberse cómo, de la flotante laguna y que se llama las Tres Marias del Mar!...

Cuenta la historia ó la leyenda — que á menudo andan unidas — cómo la tempestad arrojó á las muy santas Marias sobre las playas de la Camargua. Habían

sido expulsadas de Antioquía por los gentiles, quienes las embarcaron y encomendaron al infortunio de las ondas. Eran las mujeres que lloraron á Jesús, las parientas de Cristo que gimieron al pie de la cruz, cuyos gritos de dolor aun resonaban en el Gólgota.

María Jacob y María Salomé habitaron aquel lugar en compañía de una sirvienta que trajeron de Judea, llamada Sara, que más tarde debía ser patrona de los bohemios.

En su honor levantaron un altar en medio de aquel desierto, con cuyo motivo sucedía que algunas veces se poblaban de extraña manera aquellas vastas soledades.

Tal aconteció en aquel día en que el tibio sol de Mayo doraba la arena y se reflejaba en el espejo plateado de los estanques.

Mirad en todas direcciones y veréis una extraña é innumerable procesión de vehículos increíbles, carretas prehistóricas, barracas ambulantes de todos matices, formas y dimensiones, rodeadas por un pueblo bronceado y polvoroso de nómades, bohemios y gitanos, venidos de los cuatro puntos cardinales, hablando toda clase de lenguas y dialectos, unos á pie, otros á caballo; y todo aquello en movimiento que á veces se alarga, á veces se detiene, emprende de nuevo la marcha á lo largo de los caminos, en orden relativo, aunque en confusión maravillosa de esplendor é ignominia, de sombra y luz. Gitanos de España, de Inglaterra, de Italia, de Alemania, de Portugal: todos los tipos y todos los oficios ambulantes: los remendones, músicos, chalanes, los que dicen la buena ventura, los vagabundos y pillastres, todos los gitanos de la tierra hallábanse allí representados, bellos unos como semidioses, otros degenerados, monstruosos, que ganan el

sustento con la exhibición de sus defectos físicos; mujeres jóvenes con ojos que irradian toda la belleza oriental y de piel dorada por los soles de Asia; viejas hechiceras de boca hundida, que leen la suerte en cartas de naípe, clientas del aquelarre, magas que reúnen en sus personas toda la fealdad, toda la vejez, toda la inmundicia humana y á cuya vanguardia, silenciosa y sentada en el pescante de su asquerosa barraca ambulante que arrastra una borrica coja, Giska « la campesina de la Selva Negra » muestra su perfil infernal...

Mas ¿ qué sucede de pronto? ¿ Qué acontecimiento vino á paralizar esa horrible y magnífica muchedumbre?

¿ Por qué se detienen bruscamente todas esas columnas en marcha?... ¿ Por qué levantan los brazos al cielo? ¿ A qué esos gritos, esos agudos y salvajes clamores? ¿ Qué significan esos besuqueos recíprocos en súbito delirio y esas promesas amorosas de barraca á barraca? ¿ Por qué se levantan sobre los estribos esos jinetes y gesticulan como locos bajo el cielo abrasado?

Es que allá á lo lejos, en el confín del horizonte, divisó por fin el pueblo de nómades, erguida sobre las aguas, la basilica sagrada, la Iglesia de las Tres Marías del Mar! Sí, allí está la divina aparición, el templo de la leyenda, la mansión de santa Sara, milenaria pero erguida, como en actitud de contemplar á sus hijos queridos, los hijos del Polvo y los dueños del Camino... Indudablemente, la mansión sagrada los vió ya! Hossana! y en sus vitrales ha recogido todos los rayos del sol para enviárselos como mensajeros de bienvenida. Y redoblan los clamores. Hosanna! Sara! Sara! Sara!... Sara!... Madre de los bohemios! Allá, en la cripta profunda, les espera... la santa entre todas

las santas, la que todos los bohemios de la tierra visitan y adoran, *la que les da cada cinco años un rey, jefe supremo de la Tierra andante, el Gran Coesre!... El que lleva el látigo anudado sobre el pecho y que azotará al mundo!...*

Las tropas exaltadas continuán su ruta. Espoléanse los caballos, galopan los jinetes, la multitud de mujeres y niños harapientos corre en medio del polvo, y todas las manos se tienden hacia la aparición... allá á lo lejos...

Sara! Sara! ya llegan! El hormiguero se acerca! Aquel oleaje de humanidad delirante sumérgese en las callejuelas, rodea el pueblo de pescadores, lo inunda y lo cubre.

Algunos extranjeros, atraídos por la curiosidad del espectáculo, hallábanse en la aldea. En la primera fila de estos extranjeros estaba un hombre de edad avanzada á quien los bohemios saludaban por su nombre: « Señor Bautista ».

Triste y sencilla personalidad es la del Señor Bautista; mucho se le conoce en las Tres Marías del Mar. Desde hace muchos años asiste puntualmente á las fiestas y no lo hace tan sólo por curiosidad, pues aunque le interesan sobremanera, también atiende á su negocio. Encárgase de componer toda la relojería de los gitanos y lo hace con verdadera habilidad. Por lo demás, con sólo mirarle se da uno cuenta de qué clase de hombre es él. La blusa negra que lleva no puede usarla sino un relojero, lo mismo que sólo una persona de ese oficio contempla los objetos desde tan cerca con aquella atención sostenida que súbitamente se inmoviliza. Cuando observa las gentes, parecen sus ojitos tristes é inquietos acercarse á los semblantes para examinar cada arruga y sorprender algo que en

ellas se oculta, como cuando examina pieza por pieza los rodajes de las máquinas para ver « qué les impide la marcha ».

Evidentemente hay algo que no satisface los deseos del Señor Bautista, pues á medida que van desfilando los grupos, muéstrase más y más inquieto.

No obstante la visible inquietud con que investiga la muchedumbre, cuida el Señor Bautista de un joven á quien conduce por la mano, como si temiese que se le escape. Es éste de extraña figura, alto de cuerpo, de aspecto muy juvenil y vestido con un estrechísimo saqué, cuyos pantalones no alcanzaban á cubrirle los tobillos. Surge su cabeza por sobre las de los otros mortales y el observador distingue en su fisonomía una curiosa mezcla de candor y malicia que ponen de relieve sus cabellos rubio claros. Es indudablemente uno de los jóvenes más altos y flacos que puedan verse; déjase conducir dócilmente por el Señor Bautista mientras contempla con rara alegría el espectáculo de aquella diversa y abigarrada muchedumbre, interesándose con cuanto sucede en su derredor.

Momentos antes le vimos inclinarse, trazando con su flaco y largo cuerpo un inmenso círculo, para contemplar y estudiar de cerca la deformidad de unos lisiados que por allí pasaban. Llamóle la atención una mujer barbada, y una tras otra, todas las extravagantes deformidades que se arrastraban por el camino, entre el polvo y el entusiasmo, suscitaron su interés. Mas lo que atrae su mirada en el preciso momento en que su amo lo trata, sin saber porqué, de carne de cadalso, es la lejana aparición, á un lado de la caravana, de un puntito negro, del tamaño de una mosca, que naturalmente va agrandándose poco á poco, pero, cosa extraña, el bulto engorda y no crece.

Cuando llegó á poca distancia de donde se hallaba Juanillo, éste pudo observar que aquello no medía de pies á cabeza más de sesenta y dos centímetros; en cambio cubrían sus muslos una superficie considerable; el corto busto era más ancho que alto y de los robustísimos hombros pendían, en ángulos rectos, dos brazos cuyas manecillas barrían indiferentemente la tierra.

— Buenos días, Señor Magno, exclamó Juanillo, descubriéndose tímidamente la cabeza. ¿Os acordáis de mí?

— ¿Cómo no he de acordarme? respondió el fenómeno con bella y poderosa voz de bajo. Muy bien os recuerdo; no habéis cambiado nada.

Juanillo, con la mano que tiene libre, aprovecha la ocasión de estrechar *una de las manos* del Señor Magno.

Mientras así se saludan, se ven colgar las manos del Señor Magno, y es que este señor posee un tercer brazo, que no muestra sino en las grandes circunstancias, por un real en los días de representación y de balde cuando se encuentra con algún amigo íntimo, á quien saluda con ese tercer brazo.

Ordinariamente oculta bajo los vestidos ese tercer brazo, que arranca del omoplato izquierdo, con la mano entre el chaleco, según el gesto favorito del gran Napoleón.

Todo el mundo le conoce con el nombre de *Enano paralelepípedo de cinco patas*. Es un hombre ilustre.

Juanillo, encendido de felicidad, al verse reconocido por tal celebridad, balbucea:

— Desgraciado de mí, Señor Magno, que tan poco he cambiado en cinco años! Sólo he logrado crecer de cinco centímetros, lo que hace un promedio de un centímetro por año y en todo dos metros, treinta y dos centímetros.

— Eso va bien, replicó Magno con tono consolador y retirando su tercera mano. Espero que nos volveremos á ver.

— Yo lo creo, Señor Magno!...

El enano saludó á Baulista con *una de sus manos* izquierdas y continuó su camino.

Juanillo lanzó un suspiro:

— No nací yo para relojero!... En cuanto á Bautista, ninguna atención prestó á la escena habida entre Juanillo y Magno. Sólo al divisar la barraca de la anciana Giska, la campesina de la Selva Negra, animóse su mirada. Por su parte la hechicera, al ver á Bautista, movió la quijada en forma que pareció hallar satisfactoria al relojero. Este, conduciendo á Juanillo por la mano, púsose á seguir la barraca.

En la vanguardia de la caravana redoblan los gritos. Han llegado á la plaza de la Iglesia, donde se precipitan, se amontonan, se ahogan. Por fin tocó el pueblo de los nómades el *umbral*, la *Piedra Prometida*, ante la cual se postra con sollozos de adoración.

Oran los hombres, con la cabeza inclinada y apoyados en largos bordones. Vencidas por el cansancio y el éxtasis, las mujeres han venido á extenderse sobre las gradas de la Iglesia y parecen muertas. Las madres sacan sus senos descarnados y en vano tratan de alimentar á sus hijos. En todos los semblantes pintase una gran alegría al considerar que ya llegaron. Mañana les abrirán las puertas del santuario, y esa esperanza háceles olvidar los caminos recorridos aún á los que traen en sus zapatos de mimbre el polvo de dos mundos... (1).

(1) Todos estos detalles, como el de los delegados bohemios el de la elección del Gran Coesre, las fiestas de las Tres Marias del Mar, etc., son históricos.

30425

Los que celebran los primeros ritos y recitan las primeras oraciones acompañadas de signos incomprensibles para los profanos, ceden el puesto á otros y se marchan á preparar su provisional instalación mientras llegan las ceremonias del día siguiente. Por todas partes en las plazas, en la playa, en la llanura, álzanse las tiendas; mujeres y niños instalan en un momento las barracas, desenganchan los caballos y aprestan el campamento. Los saltimbanquis instalan sus tendejones para las fiestas que se celebran después de las ceremonias religiosas y de la elección del rey. Bajo los calderos que contienen la cena y sostenidos por tres bastones puestos en pabellones, enciéndense las luces. La chiquillería medio desnuda sopla las brasas ó corre á mendigar cobres á los extranjeros que han venido á contemplar esa nueva invasión, mientras que los ancianos de las tribus se reúnen á orillas del mar, formando círculo y discuten de antemano el acontecimiento esperado...

..... esperado desde hace cinco años...

..... porque desde hace cinco años no tienen jefe los gitanos. *Una advertencia misteriosa, venida de las alturas, ordenóles esperar.* Y todas las caravanas que vinieron hace cinco años á las Tres Marías del Mar, se volvieron y dispersaron en todas direcciones sin llevar el santo y seña supremo que comunica alegría y esperanza al gitano andariego. ¿Quién habría podido darles la señal sagrada, si el gran coesre, el último elegido por su raza, había muerto, según decían, asesinado, y si santa Sara les había ordenado esperar durante cinco años al nuevo señor? ¡Cuánta desdicha! La insignia del mando, el látigo del gran coesre lo habían dejado bajo la custodia de las Tres Marías, sobre la piedra que cubre el sepulcro de santa Sara, en la

extremidad de la cripta sagrada... Mas ya era llegada la hora en que la mano del Señor desconocido empuñaría el látigo entre las aclamaciones del pueblo y azotaría el aire con él.

En derredor de los jefes de tribus reunidos en la playa fórmasse un extenso círculo de misterio y silencio.

No se permite á los extranjeros que escuchen lo que allí se dice... Con educación y buenas maneras les suplican que se retiren. ¿Desean saber acaso por qué no hay gran coesre desde hace cinco años? ¿O por qué le esperan hoy, en quién recaerá la elección y cuál será su nombre, y de dónde viene y á dónde va? Y cuántas cosas más, aún?... Hay entre esos extranjeros algunos que, fe de gitano, desearían saber más de lo que los propios gitanos saben y éstos ignorarán el resultado hasta que los representantes de todos los nómades salgan de la cripta misteriosa, donde habrán permanecido encerrados durante tres días. ¿Qué sucederá en el curso de esas treinta y seis horas? Cuando hayan entrado por la puertezuela trasera de la Iglesia al vasto subterráneo que anima el soplo de santa Sara, ¿qué ritos milenarios celebrarán? Cuentan las gentes de aquella comarca que hombres y mujeres viven en terrible promiscuidad y que en aquel antro suceden cosas tan espantosas, que la tierra gime como mujer embarazada, y las piedras de la Iglesia tiemblan durante tres semanas. Con efecto, tres días pasan los gitanos sin ver la luz del sol y nadie los ve.

¿Qué ritos extraños y prodigiosos celebran en medio de la hoguera que forman los cirios encendidos? ¿Qué misteriosas y cabalísticas palabras se dicen los jefes? ¿Qué signos sagrados, transmitidos de generación en generación, y que vienen de Tebas, la de las cien puertas, de los hipogeos de Menfis, de Persia y de Bac-

triana, dibujan ahora sobre los muros? ¿Cuál letra tenebrosa, cuál palabra radiante une súbitamente á los descendientes de esa raza maldita y magnífica que pretendió, en la aurora de la humanidad, conocer el porvenir del mundo?...

— ¡Dios mío! gimió Juanillo, siempre asido por la sólida mano de Bautista. ¡Cuánto me agradecería ver los misterios de la cripta!...

Mas Bautista, siempre preocupado, no escuchaba á Juanillo. Llegada la noche, encaminóse con su aprendiz á la vieja cabaña en ruinas que alquilaba siempre, situada en la extremidad de la aldea, del lado opuesto al campamento de los gitanos, enteramente á orillas del mar.

Al llegar encontró ante la puerta y de pie á un hombre vestido con harapos y con unas grandes alforjas sobre los hombros; estaba cubierto de sudor y de polvo. Al acercarse Bautista, dijole quitándose un fieltro lamentable:

— La hora roja se aproxima! Bautista lanzó un largo suspiro y Juanillo pudo ver cómo desapareció inmediatamente la preocupación que le había inquietado durante dos días. Intrigóle esto y miró de más cerca al hombre de las alforjas. No le encontró aspecto « cristiano » sino más bien aire de « turco ». « Debe ser algún infiel » pensó Juanillo.

El hombre, á una señal que le hizo Bautista, entró en la casa y se encerraron los dos en una pequeña pieza, al paso que Juanillo quedaba solo en la antesala donde se veían, amontonados, todos los efectos de la relojería. El joven, de suyo muy curioso y suficientemente alto, no tuvo sino que alargar la cabeza para divisar por entre una buhardilla cuánto ocurría en la pieza contigua.

No fué poco su asombro al ver « al mendigo » prostrado ante su amo y besándole las rodillas. Alzólo Bautista con visible emoción y dirigióle algunas palabras que no pudo oír Juanillo, pero que evidentemente conmovieron al extranjero; éste levantó los ojos al cielo y púsose á hacerle un largo relato á Bautista, quien lo escuchó en completo silencio, con los codos apoyados en una mesita y la cabeza entre las manos. Cuando « el mendigo » hubo cesado de hablar, levantó la cabeza Bautista y pudo ver Juanillo que sus ojos estaban llenos de lágrimas. Con movimientos entrecortados por los sollozos tomó las alforjas del extraño viajero y vaciólas sobre la mesa. Componíase el contenido de papeles sin duda muy preciados á juzgar por las magníficas obleas de cera con que estaban sellados la mayor parte de ellos. Levantóse Bautista, abrazó « al mendigo » y Juanillo apenas tuvo tiempo de volver á su puesto, pues su amo salía á acompañar al visitante hasta el umbral de la vivienda. Luego, sin preocuparse en lo más mínimo de su aprendiz, tornó Bautista á encerrarse en la pequeña pieza.

Juanillo, tras de cerciorarse que su amo se hallaba engolfado en el examen del voluminoso y misterioso expediente que acababan de traerle, salió sin ruido de la casa y bajó á la playa sin darse cuenta exacta de la tristeza que lo invadía; sentóse por tierra y púsose á soñar mientras caían las primeras sombras de la noche. Eran tan vagos y lejanos los pensamientos que lo abstraían, que no advirtió la presencia de algunos *ursari* (domadores de osos) que por allí pasaron conduciendo á sus bestias velludas y danzantes. En su derredor poblábase la noche de formas fantásticas, grotescas ó monstruosas. Algo así como una araña de mar salió de entre las sombras, y ascendió, arrastrán-

dose, el promontorio de arena que servía de asiento á Juanillo. Caminaba el animal tan silenciosamente que no se oía el ruido de sus pasos. Sostenían sus cinco patas un caparazón extraño y cuadrangular.

En poco tiempo llegó la araña junto á Juanillo, que había permanecido inmóvil.

De bajo el caparazón, sacó una enorme y peluda cabeza, de todo punto fenomenal en una araña de mar, pues nadie ignora que las arañas de mar, por grandes que sean, no tienen cabeza. Ahora bien, esta tenía una cuyos ojos redondos brillaban como si fuesen de acero. Alargóse la cabeza, irguióse ante Juanillo petrificado como para devorarlo y de pronto vino á reclinarsse tranquilamente sobre sus rodillas.

— Me asustasteis, Señor Magno, dijo Juanillo.

— ¿Por qué estás triste, Juanillo? preguntó la cabeza de araña de mar.

— Porque no nací para ser relojero, Señor Magno.

— ¿Y para qué naciste tú, Juanillo?

— Para ser fenómeno, Señor Magno : mido dos metros, treinta y dos centímetros, soy tan flaco que puedo meterme entre el tubo de una estufa, soy dislocado por naturaleza, corro como una liebre y he aprendido á mover las orejas como conejo.

— Es preciso que se lo comuniques á tus padres, Juanillo.

— Ya les he hablado, pero su intención es que yo sea relojero. Me han colocado como aprendiz en casa del Señor Bautista, que es muy bueno para conmigo, pero que no me deja ninguna libertad, temeroso de que le abandone por ir á buscar á los bohemios.

— ¿Cómo conoces la lengua gitana? ¿Quién te la enseñó?

— Imagínese Ud, Señor Magno, que me sustrajeron á la edad de cinco años.

— ¿Los bohemios te robaron de tu casa?

— *No, mis padres me robaron á los bohemios!*

— Eso es más grave, replicó Magno.

— Y en eso consiste mi mala suerte, agregó con tono melancólico Juanillo.

— Más, ¿tu padre y tu madre no son tu papá y tu mamá?

— De ninguna manera. Yo no tengo nada que ver con ellos. Me robaron en una feria, quizás porque deseaban tener un niño, y sin duda les gusté, luego me adoptaron y ahí empiezan mis calamidades. Ir á la escuela y después á la relojería... Una vez me encerraron en una casa de corrección porque siempre andaba corriendo tras de las barracas ambulantes y me resistía á volver á la casa. Pero no pudieron tenerme mucho tiempo en la casa de corrección.

— ¿Por qué?

— Porque como paso por el hueco de una aguja, siempre me huía.

— ¿Es cierto que puedes meterte entre un tubo de estufa?

— Como sea lo bastante largo...

— Claro...

— Aunque no sea muy recto y aunque esté doblado, yo me doblo también.

— Magnífico! Pero si eso es así, ¿por qué sigues con el relojero?

— Porque lo quiero. Sufre de una gran pena que no conozco y además me ha dicho que es el relojero de los bohemios y que me necesita para que le sirva de intérprete. Eso me conmovió y me ha hecho esperar...

Pero ya no puedo más!

- ¿Y qué vas á hacer?  
 — Quisiera bajar á la cripta!  
 — ¿Como un verdadero gitano?  
 — Como un verdadero gitano.  
 — ¿Y asistir á los misterios?  
 Y asistir á los misterios.  
 — Si tal haces, te matarán.

— No, porque soy gitano y vuestro rey será también mi rey. Vos que sabéis tantas cosas, Señor Magno, decidme porqué han pasado cinco años sin rey.

— Dicen los ancianos que santa Sara ha dejado crecer al último descendiente del último gran coesre á quien asesinaron y que debe ser vengado. Se trata de un joven llamado Reginaldo, del cual se habló largamente anoche en los conciliábulos de las tribus...

- ¿Y á él lo nombrarán gran coesre?...  
 — Si Sara lo desea...  
 — Quiero verlo. Quiero hallarme presente cuando baje á la cripta.  
 — No basta ser gitano para asistir á los misterios del gran coesre... Podrás adorar á santa Sara pero no podrás asistir á los misterios del gran coesre... Te arrojarán de allí...

- ¿Y Ud. sí asiste, Señor Magno?  
 — Naturalmente.  
 — ¿Qué se necesita para ser admitido?  
 — Un reloj como este!

El Señor Magno, abandonando su actitud de araña de mar, irguióse sobre sus piernas y apareció como era, es decir, en enano paralelepípedo de cinco patas. Metió su segunda mano izquierda entre el bolsillo del chaleco y sacó un reloj que mostró á Juanillo. Este no pudo contener un grito de exclamación :

- Muchos relojes como ese he visto, y sé lo que está

escrito en el cuadrante. Voy á leerlos la inscripción, aunque está oscura la noche como boca de lobo :

A las dos y cuarto  
 Y del tiempo al son :  
 Que Jesús se encuentre  
 En tu corazón!

Tembló el enano :

- ¿Dónde has visto esa clase de relojes, Juanillo?  
 — En casa del Señor Bautista. En cierta época todas las paredes de una sala estaban cubiertas de relojes como ese. ¿Verdad que dan doce campanadas cuando marcan las dos y cuarto?  
 — Nada se te oculta, Juanillo.  
 — Nada, en verdad. Por eso, cuando el Señor Bautista quiso ocultarme que tenía relojes como ese, logré meterme al gabinete negro donde los guardaba.  
 — ¿Y no lo supo?  
 — No.  
 — Mejor para tí, Juanillo... ¿Cuánto hace que viste los relojes?  
 — Por lo menos cinco años y medio, antes de venir á aquí por primera vez, cuando tuve el gusto de conoceros !  
 — De manera que es cierto, dijo Magno rascándose la barba, que Bautista es el relojero de los gitanos.  
 — ¿Qué me aconsejáis hacer, Señor Magno?  
 — Te aconsejo que vayas á acostarte... pero mira, Juanillo... también te aconsejo que no se te ocurra contar á otra persona la historia de los relojes... Adiós, Juanillo!

Y transformándose de nuevo en araña de mar, con el cuerpo en forma de caparazón y las cinco patas debajo, alejóse Magno, internándose poco á poco entre sombras y caminando de lado con nobleza, como acostumbra hacerlo esos animales.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 "ALFONSO REYES"  
 Apdo. 1625 MONTERREY, MEX.

## II

## DENTRO DE LA CRIPTA

Vieja basilica es la mansión de las Tres Marías que se halla á orillas del mar. No hay en todo el universo otra iglesia que se le parezca. Es iglesia y castillo feudal: protege y amenaza. Es la casa de la oración, pero al mismo tiempo sus torres, almenas, el camino que la rodea, sus matacanes parecen contruídos para la batalla y su ábside superior es una formidable torre albarrana que resistió el empuje de los Sarracenos.

Las fiestas pasaron como de ordinario: el 24 de Mayo, á las diez de la mañana, misa cantada; á las cuatro de la tarde, después de las vísperas, descenso y exposición de las reliquias que dieron lugar, como siempre, á curiosas escenas de misticismo; á las nueve sermón y á media noche vía crucis y rosario. El 25 misas y comuniones desde las tres de la mañana; á las diez misa solemne, procesión en la playa y bendición del mar... A las cuatro vísperas después de las cuales subieron al santuario los relicarios de las Marías en medio de los sollozos y éxtasis de una muchedumbre delirante.

Por fin llegó el momento de festejar en particular á

la sirvienta, á la que congregaba allí á todo aquel pueblo errabundo. Entonces, mientras sucedían á las ceremonias religiosas las fiestas profanas, como corridas de toros, farándulas, herradas, carreras de caballos, bendición de los rebaños, los delegados gitanos, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, ricos y pobres, harapos y vestidos suntuosos recamados de oro iban entrando por la puertezuela que da entrada á la cripta subterránea. Habían empezado por adorar y aclamar entre sí á santa Sara en cuyo honor encendieron una hoguera prodigiosa de cirios costosos que valían lo menos cincuenta francos cada uno (1).

¿Cómo logró Juanillo mezclarse á esa muchedumbre fanática?

Sirvióle para ello, sin duda alguna, el conocimiento que de la lengua gitana poseía como también de las costumbres de los bohemios, ambas cosas aprendidas en sus andanzas de chiquillo por las ferias y campamentos de barracas ó durante las semanas que lograba escaparse y corría á ese barrio de la Rebeldía que parece haber resucitado en París la Corte de los Milagros. Y además tenía una imaginación de que nos ocuparemos más adelante y que debía causarle graves consecuencias.

Entró pues, reduciendo su estatura hasta donde le era posible en medio de esa turba que ya cantaba y ululaba en medio del fulgor de los cirios. Oculto tras un pilar, tratando de adherirse á él para no formar sino un solo cuerpo, miró con estupefacción y horror súbitas manifestaciones de idolatría que le extrañaron

(1) Muchos de los bohemios que recorren los caminos y que parecen menesterosos, poseen un verdadero tesoro. Hay caldereros Karpatos dueños de riquezas.

grandemente á pesar del entusiasmo que había observado en las precedentes ceremonias.

Viendo aquella mezcla de sombras y llamas, aquella alternativa de tinieblas y claridades, aquel hervidero fantasmagórico de demonios que ora aparecían como figuras de fuego, ora borrábanse como barridas por el viento, bien hubiera podido creerse en algún rincón del infierno.

Al principio pareciale que todo daba vueltas en derredor suyo; distinguía pocos detalles: todo aquello parecía representar los semblantes, las cabezas, los brazos, los gestos, los harapos de una sola masa delirante que se estiraba, se estrechaba, se alargaba, se agitaba al impulso de una sola alma en pena; y aquella muchedumbre despedía un olor que se mezclaba al humo de los cirios, á los inciensos, á ciertos perfumes de Arabia y hacía desfallecer á Juanillo.

Tuvo vergüenza de sí mismo. ¿No era acaso un auténtico gitano? Pues entonces recupera el uso de tus sentidos, Juanillo, y mira... Ya empieza á darse cuenta más exacta de lo que allí ocurre: percibe particularísimos sonidos entremezclados á la enervante letanía compuesta únicamente del nombre de Sara. « Ah! Sara! Ah! Ah! Ah! Sara! Sara! Sara! Sara! Ah! Ah! Ah! ahahsaraah!... » Son esos sonidos los ruidos que producen los cráneos al golpear contra las baldosas, ruidos terribles de frentes que golpean el pavimento de bronce... ¿Cómo no se rompen como nueces esas frentes?...

Y luego se oyen, en derredor de los cirios, gritos de mujeres que se pasman y extienden los brazos como si las estuvieran clavando en la cruz... Corren en derredor, con los cabellos desatados, el pecho jadeante, y van á caer por tierra, presas de horrible crisis... Las con-

ducen á la extremidad de la tenebrosa cripta y otras vienen á reemplazarlas y continúa la letanía: « Sara! ahah! Sara! Sara! Sarahahah! Sara! Sara! »

¿Podría decir Juanillo cuánto tiempo hace que dura esa escena?

No, porque ya empieza á sentirse embriagado y su boca entreabierta entona el cántico: « Sara! ahahah! » Siéntese dispuesto, como los que le rodean, á gemir, gritar, silbar, declamar, profetizar, maullar. Y hasta los acordes de la danza hácenle mover los pies... En derredor del altar donde se consumen los cirios, niñas y viejas se zarandean mutuamente. Hay monstruos que saltan en el aire y parecen alzar el vuelo por entre los huecos de la muralla á manera de murciélagos. Forcejean sobre los ladrillos muchachas epilépticas, al paso que unos ancianos producen ruidos horribles con las mandíbulas, vuelven y revuelven las bocas con que se tragan carbones encendidos. Cimbréanse unos, retuéncense otros, y todos se agitan en mil formas extravagantes...

Juanillo también va á retorcerse cuando súbitamente se siente asido por una mano, luego por otra y después por otra, que le tiran por los pantalones... Inclínase y ¿á quién vé? Son las tres buenas y excelentes manos amigas de Magno. Dejóse conducir.

— Ven, le dijo Magno, abandonemos á estos locos y vamos á sentarnos junto con los *aurari* (1), los *caldereros* y los *lingurari* (2), que son personas serias y dejan gritar solos á todos esos *liaessi* (3). Harás como yo, no te dejarás conmovir.

(1) Lavadores de oro del Danubio. (Todos estos nombres pertenecen á la raza gitana.)

(2) Fabricantes de cucharas y vasos de madera. Son los bohemios más ricos de Valaquia.

(3) La más baja clase de las tribus nómades; los vagabundos.

Y Magno agregó :

— ¿Cómo diablos pudiste pasar inadvertido con esa estatura tuya y ese vestido de pacotilla?

— Bah! exclamó Juanillo, ni siquiera tuve necesidad de ocultarme.

Y sacando del bolsillo un reloj, mostrólo á Magno.

— Siempre me contestarás oportunamente, observó Magno, mas precávele porque esos objetos suelen quemar!...

Juanillo apretó el reloj y preguntó :

— ¿Elegirán pronto al Gran Coesre?

— Hay que esperar un poco, respondió el enano. Es preciso que maten antes á los dos chicuelos.

— ¿Van á matar dos chicos?

— Oh! exclamó Magno con gesto desdeñoso, son dos hijos de *gadschi* (1).

— Eso es abominable! Yo no quiero ver semejante cosa!

— Calla, que si te oyen pueden acuchillarte. Ese sacrificio lo ofrecemos á santa Sara para que nos envíe al *Coesre vengador*.

— ¿Pero es cierto? ¿Son acaso dos niños robados? interrogó todo tembloroso el pusilánime Juanillo.

— No tal. Fueron comprados á sus padres. Nos pertenecen, puesto que los pagamos con nuestro dinero (2). Jamás nos habríamos atrevido á ofrecer á santa Sara un niño robado. Creí que estarías al corriente de ello, Juanillo. Estos niños nos pertenecen y son aptos para el sacrificio, como lo fué Isaac para Jacob.

(1) Llaman así á todos los que no pertenecen á la raza gitana.

(2) En lo tocante á compras de niños efectuadas por los gitanos — lo cual es una prueba más de que tienen dinero — ver la edición del *Tiempo* correspondiente al 9 de Diciembre de 1909. Allí puede verse cómo extienden el contrato de venta ante testigos firmantes (tribunal correccional de Bellac).

— Señor Magno, yo quiero irme! Llegaron en ese momento á uno de los rincones más profundos de la cripta y Juanillo, cuyos ojos empezaban á ver en la oscuridad, divisó una gran cantidad de sombras sentadas que permanecían inmóviles sin hablar ni cantar.

— Puedes sentarte con nosotros, Juanillo; tú perteneces á la cofradía.

— ¿Qué gentes son esas?

— *Las Horas!*

Y como para corroborar el dicho de Magno, simultáneamente *pusiéronse todos los relojes á tocar doce campanadas dentro de los bolsillos*.

Luego se oyó un grito que hizo volver la cabeza á Juanillo. Ante el altar improvisado, donde se consumían los cirios, acababan de encenderse verdes llamas; subía espeso humo odorífero y en medio de esa nube diabólica aparecía Giska de pie sobre el trípode de avellano y agitando en la diestra una corta fusta con mango de cobre y largo látigo y en la siniestra un enorme puñal; entretanto habían cesado las danzas y bajo las bóvedas profundas y sonoras resonaba el terrible canto de *Faraón* que entonaba el coro de los *Lautari*, *Faraón* el más viejo cántico de la raza, que solo comprendían los iniciados en los grandes misterios y que Juanillo no entendía!

Mas, ya que no comprendía, observaba. Vió cómo el puñal de Giska trazaba una cruz sobre un pequeño altar de piedra donde estaban los niños, bellos como ángeles, desnudos y llorosos en medio de aquel pueblo de demonios.

Entonces suspiró por la relojería y apenas bastaron los tres brazos amigos de Magno para sostenerlo.

De pronto cesó el cántico del *Faraón* y empezó Giska una extraña salmodia que repetía en coro toda la asam-

blea y que resultó el más lúgubre de cuantos se habían oído durante el curso de las ceremonias. Imploró la bendición de santa Sara para la gran Obra emprendida por el pueblo nómada gitano, y para que la santa se halle unida por siempre á su pueblo, anúnciale Giska que ese pueblo le ofrece la sangre tibia de *dos hijas de gadschi*, adquiridas en alto precio, y que sacrificarán como si fuesen dos cervatillas, según lo dispuesto por la ley del Tigre y del Eufrates, contraria en un todo á la de los *gadschi*.

— Entonces verá el pueblo, anunció Giska, la llegada del *Coesre vengador, del Dios dorado*, prometido por santa Sara y que debe presentarse con sus cabellos adorables, su esbelto talle de damisela y sus manecillas infantiles que agitarán la fusta vengadora!

Cuando hubo pronunciado estas últimas palabras, oyéronse cerca de Giska, ante el altar de piedra, exclamaciones apagadas y luego protestas.

— Un chiquillo! No queremos chiquillos en el trono del Gran Coesre! Giska ha perdido la razón! Nuestra vieja hechicera está loca!...

Otras voces gritaban :

— Se refiere al joven Reginaldo, incapaz de sostener la fusta!

— *Atido á Reginaldo ó á cualquier otro. Sólo Santa Sara sabe de quién hablo!* exclamó la voz chillona de Giska. Callad, malditos, que santa Sara habla por mi boca!

— Que hable! Que hable! gritaron desde la extremidad de la cripta.

Entonces la voz de Giska dominó los demás ruidos y hasta los sarcasmos y risas impotentes de los rivales. Eran éstos Baltasar de Croacia, Rutchuk el Valaco, Hedjaz del gran desierto del mar Rojo y Atila el Dacio.

Eran negros como cuervos y burlábanse de la profecía que anunciaba caería *la Fusta* en manos de un efebo rubio, pues eran fuertes como bandoleros. Ya veríamos. Desde hacía cinco años, eran candidatos. Santa Sara conocía á los suyos.

Giska alargó su viejo pescuezo ético y lanzó un grito salvaje, mientras agitaba la fusta y el puñal. Estaba inspirada; echaban chispas sus ojos y su boca espuma : no era la hechicera sino la pitonisa.

— Lo estoy viendo! Veo al pequeño *Dios rubio!*... Santa Sara lo ha hecho crecer dándole fuerza y sabiduría! Helo aquí, con sus largos cabellos rubios que le bajan hasta los pies, y con sus grandes ojos de noche oscura! Su piel está formada con rosas y lirios! Tiene manos pequeñas y pies pequeños, pero hay de aquel que ose acercársele!... Es un auténtico gitano de buena cepa. Sabe mentir como no lo haríais nunca vosotros y sabe renegar y engañar como el mismo San Pedro... y sabe robar como un apóstol á la orilla de un camino!... Cuando se lava sus manecillas en el Danubio, enrojécese el agua de oriente á occidente... (*Aclamaciones, gritos de locos y de locas*)... Lo hicieron Jesús, la Virgen y santa Sara y nos lo envían galopando en un caballo blanco; ya escucho el ruido que hacen sus cascos de oro!... Mas es preciso, para que llegue, que corra la sangre de las *gadschi!*

La asamblea entera respondió :

— Que corra la sangre de las *gadschi!*

Y Giska, alzando la voz :

— Es preciso que corra la sangre de las *gadschi* para vengar la memoria de Reinaldo!

Y la muchedumbre toda, con acentos terribles, repitió :

Es preciso que corra la sangre de las *gadschi* para vengar la memoria de Reinaldo.

Las llamas verdes crecieron desmesuradamente; lamían las bóvedas, envolvían á Giska en su fulgor macabro, cuando de pronto saltó la bruja de su trípode blandiendo el puñal y rugiendo:

— ¿No oís gemir la tierra? Escuchad! Escuchad cómo tiembla el suelo bajo los golpes de los cuatro cascos de oro!... Helo aquí!... El Dios vengador viene hacia nosotros!... Que llegue, pues, y se lave las manos en la sangre caliente de las *gadschi*!...

Va á descargar el golpe sobre las dos víctimas inocentes, cuando de pronto paralizasele el brazo homicida...

En realidad el suelo tiembla y la tierra se desgarrá.

... — Estrepitosa como un trueno que viniera á castigar en el templo al osado impío, fué la entrada á la cripta de una joven amazona, envuelta en el manto dorado de su suelta cabellera, vestida con roja túnica que flota cual llama sobre el anca de su potro blanco.

¿ Por dónde entraron? ¿ Rompieron la puerta, derribaron los muros ó vomitólos la tierra profunda?

Atravesaron las llamas verdes aplanándolas á su paso como hubiera podido hacerlo un viento tempestuoso y de un salto halláronse junto á la pitonisa desarmada. Cayó el puñal entre las sombras y súbitamente se oyó el ruido de la fusta sagrada, chasqueando locamente bajo las bóvedas sonoras...

Y lo empuña la manecilla de la amazona de túnica encendida, de dorados botines y de cabellos de sol! En las manos del Dios rubio chasquea el látigo del Gran Coesre!...

Y ese pequeño Dios es una Diosa... una niña.... Y bajo el fulgor extraordinario de su cabellera de oro,

divisase en su bella frente ceñuda..... una mecha blanca ..

¿ Cuán silenciosa quedó la cripta de la vieja basilica!

¿ Es eso, por ventura, lo que les envía santa Sara? ¿ Ese ser frágil, esa bella chica impetuosa, cuya audacia se evaporará ante el primer peligro que se le atraviere en su carrera?...

Ante tal juventud y tanta debilidad aparente, la asamblea, sobrecogida un instante por la súbita entrada de la amazona, recobra la razón, mira, juzga, y estupefacta, aguarda la explicación de aquel enigma.

— ¿ Quién eres, tú que desechas el acero y empuñas la fusta? pregunta Giska.

— Soy la soberana de la Buena Ventura... respondió la bella niña con voz melodiosa.

— ¿ Quién te ordenó venir á este lugar?

— El Señor de la hora.

— ¿ Y quién ordenó al Señor de la hora que te enviase á la cripta?

— Santa Sara!

Escúchanse murmullos en los rincones más oscuros y profundos del subterráneo.

A una señal de Giska restablécese el orden y vuelve á reinar el silencio. Mas, á decir verdad, la asamblea toda se conmueve profundamente al oír tan enormes palabras en boca tan pequeña.

Pregúntale Giska:

— ¿ Qué nos traes?

— La Hora Roja.

— ¿ Dónde la traes?

— Sobre mi corazón.

Voces amigas exclaman: « Bien responde, bien responde! »

— Callaos, ordenó Giska y continuó su interrogatorio :

— ¿ A qué vienes ?

— A vengaros.

— Y para ello ¿ qué exigis ?

— Vuestra obediencia.

Al oír esta frase, eleváronse nuevos runrunes. Giska extendió el brazo y exclamó :

— El pueblo gitano no ha obedecido jamás á otro que á su gran coesre !

— Yo soy vuestro Gran Coesre !

Ya no se indignaba la asamblea sino que se divertía : por todas partes estallaban las burlas, las risas, los sarcasmos.

— Has dicho ser nuestro Gran Coesre, pero es preciso que lo pruebes, dijo Giska.

— Tengo la prueba en la mano puesto que empuño la *Fusta sagrada*.

— Porque me la arrebataste.

— Y no la devolveré.

— Te la quitarán por la fuerza.

— Jamás !

Y la amazona se irguió sobre los estribos de oro ; los dos soles negros de sus ojos fulguraban llamas sombrías :

— Venid aquí todos, desde el primero de los *aurari* hasta el último de los *laissei*, á jurarme fidelidad ! Soy vuestro Gran Coesre ! Soy vuestra Reina ! Varones y hembras, todos me pertenecéis !

Al decir esto, hizo chasquear por sobre su cabeza la *Fusta sagrada* con ruido tan terrible que desgarró el eco de la vieja basílica.

Y mientras chasqueaba el látigo, continuaba proclamando su tiranía :

— Todos ! Todos sois mis *vabrassi* ! (1).

Prodújose un horrible tumulto y luego volvió á reinar silencio..... Avanzaron hacia ella cuatro gigantes . Baltasar de Croacia, Rutchuk el Valaco, Hedjaz del gran desierto del mar Rojo y Atila el Dacio.

Atila el Dacio tomó la palabra :

— No somos tus *vabrassi* !

Luego habló Baltasar de Croacia :

— Cierto es que llevas el dolmán rojo con galones de oro, las botas amarillas y el bonete de astrakán de los grandes coesres (2) ; pero no somos tus *vabrassi*.

Hedjaz del gran desierto del mar Rojo dijo :

— También posees el látigo ; mas esos arreos los has sustraído valiéndote de algún sortilegio. No será difícil arrebátártelos.

Rutchuk el Valaco pronunció la frase más grave.

— ¿ *Cómo deseas tener vabrassi si no eres capaz de azotarlos?* (3) dijo.

La amazona se había cruzado de brazos ; su pecho jadeaba y su manecilla crispada no soltaba el látigo ; dejaba flotar las riendas sobre el pescuezo del maravilloso caballo blanco que permanecía inmóvil como si fuera de bronce.

La muchedumbre bohemia esperaba tranquila lo que *debía* suceder.

Estaban todos estupefactos con la llegada de esa

(1) « Esclavos » en lengua gitana.

(2) Arreos del Gran Coesre de los gitanos ó bohemios. — Consultar el estudio de Eduardo Thomerel, publicado en 1840.

(3) « No admitimos como Señor sino á aquel que sea capaz de azotarnos ». Esta frase gitana explica maravillosamente el emblema del poderío en el pueblo nómada. Han reemplazado el cetro con el látigo que se pone el Gran Coesre sobre el pecho, atado en forma de cadena, como se pone el presidente de la Republica el gran cordón de la Legión de honor.

radiosa niña, pues no les cabía en el cerebro que ella pudiera ser su amo.

Y continuaban pensando que no era posible que santa Sara pusiera su destino en tan inexpertas manos. ¿Sería acaso una prueba? Pronto lo sabrían y para asesorarse esperaban á que tuviera lugar la « ceremonia del látigo » así como se esperaba en la edad media el desenlace del duelo llamado « juicio de Dios ».

Cuantas veces se elegía un Gran Coesre, rebelábanse algunos *vabrassi*, con el objeto de sostener la prueba del látigo, que no tenía más importancia que la de un rito consagrado y formaba parte integrante de la ceremonia en que el Gran Coesre, vencedor, era aclamado por la muchedumbre. Mas en la actual circunstancia, nada bueno presagiaba la fragilidad de la roja amazona. Bien podía afirmar que era portadora de « la Hora Roja » ; pero si no sabía fustigar el látigo, sería tratada como la última de las *gadschi*!

Giska, interviniendo como era su deber y dirigiéndose á Rutchuk el Yalaco, díjole :

— Puesto que afirmas que la amazona no sabe azotar á los *vabrassi*, es preciso que lo pruebes.

— Estoy pronto á probarlo, respondió Rutchuk.

— Y yo también, dijo Hedjaz.

— Y yo también, gritó Baltasar.

— Y yo también, rugió Atila.

En un abrir y cerrar de ojos desnudáronse hasta la cintura y rodearon á la bella amazona, quien dobló tranquilamente la manga de su *dolmán*.

Lanzaron los cuatro un grito de guerra y revolcáronse en el suelo...

Mas ya la fusta de largo látigo trazaba en derredor de los cuatro bohemios un círculo del cual trataban en

vano de escaparse. El látigo estaba en todas partes y en ninguna á la vez. Sólo se escuchaba su sonoro chasquido al desgarrar las carnes, cortándolas como lo hubiese hecho el acero más afilado, al golpear sobre las cabezas, los torsos, los brazos, haciendo caer una verdadera lluvia de sangre sobre la concurrencia. Fué aquél un espectáculo único que no tardó en desencadenar el entusiasmo de los gitanos.

La joven estaba presente en todas partes á un mismo tiempo ; su brazo infatigable recorría el círculo, volvía, alargábase, encogiase, y asestaba los golpes con tal precisión y rapidez, que nunca, de memoria gitana, habíase visto tan maravillosa ejecución.

Los cuatro gigantes empezaron por debatirse en silencio al sentir los golpes. Saltaban enfurecidos, tratando de esquivar el látigo que chasqueaba simultáneamente por todos lados y por todas partes los perseguía. Mas no pudieron contener durante mucho tiempo los gritos de dolor ni los rugidos de rabia. Con el semblante y el busto ensangrentados, sentíanse aturdidos, cegados y no podían esquivar sus brazos sino los golpes demasiado crueles. Apenas quedábales tiempo de protegerse los ojos con las manos impotentes, pues el látigo sagrado podía sacárselos de las órbitas como se coge una fruta.

Luego exhalaban estertores de agonía, poníanse en cuclillas, trataban de dar algunos saltos y por último caían desfallecidos, vencidos por la manecilla de la nueva Diosa, de la virgen soberana, del pequeño Dios dorado. Y fué aclamada la victoria con insensato clamor.

Entonces comenzó la ronda tradicional en derredor del látigo que continuaba fustigando. Algunos fanáticos, ebrios de gritos, cantos, oraciones y blasfemias, desnu-

dáronse también, y hombres y mujeres, con el pecho descubierto, entregáronse extasiados á los golpes de la fusta y mientras esta chasqueaba más y más, daban vueltas en su derredor salmodiando como derviches é « implorando dolor » como los Aisauas... Y.. la letanía entonaba de nuevo, en todos los rincones de la cripta, su ritmo lúgubre y monótono... Saraahahah!... saraahahsara!...

Giska, que parecía tener dominio sobre aquella turba de condenados, ordenóles por fin que se detuvieran y volviéndose hacia la princesa dorada (1), díjole:

— Está bien, eres el Gran Coesre anunciado. Eres la más fuerte entre todos; la hembra ha vencido al macho. Tu muñeca es delgada, pero tu fusta es terrible. Eres nuestra reina y nosotros tus *vabrassi!* Todo cuanto hay aquí te pertenece: nuestras personas, nuestros bienes y nuestras vidas; hasta la carne del sacrificio es tuya. Empuña el acero y que la sangre de las *gadschi* corra por entre tus deditos dorados!

A una señal de Giska, acercáronse dos bohemias con los chicuelos en brazos...

La princesa anudó reposadamente sobre su pecho la fusta ensangrentada. No revelaba fatiga ninguna su fresco y juvenil semblante, agradable á la vista como fresa madurada á la sombra. Tomó en sus brazos á los chicos y estrechándolos contra su corazón, dijo:

— Son míos y yo les perdono la vida!... Resonó de nuevo el clamor de la turba y otra vez se escuchó la voz de los cuatro que habían combatido y habían sido vencidos:

(1) Príncipe y princesa dorada, Dios dorado, son títulos que dan los gitanos á sus Coesres, no porque éstos sean rubios, que generalmente son morenos, sino para dar á entender que esperan mucho oro del nuevo amo.

— Queremos la sangre de las *gadschi!* La fusta es sólida pero el puñal tiembla!

— Soy la soberana del sacrificio, respondióles ella, y haré correr la sangre cuando me plazca, pues también soy la soberana de la Hora Roja! Traedme *nuestro Evangelio.*

Trajeron el libro y colocáronlo en el altar de piedra. Ella levantó á los niños por sobre el Evangelio y prestó este juramento:

— Juro por nuestro Evangelio que enviaré á los infiernos más *gadschis* que gotas de sangre contienen las venas de estas dos chicuelas!

Y para que no abrigasen ninguna duda respecto de la obra de venganza que prometía llevar á cabo, prestó el solemne juramento llamado « del rey Segismundo. »

« Así como el Señor ahogó á Faraón en el mar Rojo, de la misma manera se trague la tierra al gitano que después de jurar por su Evangelio mienta á otro gitano! Que sobre él caiga maldición y no tenga éxito en sus robos! (1)

(1) Ese juramento extraordinario en que se apela á la divinidad para que castigue al gitano perjuro *no dándole éxito en sus robos*, arranca de 1423. Segismundo, rey de Hungría, acordó á los gitanos establecidos en su territorio el derecho de elegir sus magistrados, *escogiéndolos entre ellos mismos*, y cuando los gitanos comparecían ante los tribunales, recibíanles sus magistrados ese juramento, de tan rara impudencia. En aquella época era elegido su jefe supremo por el Gran Palatino, á quien lo presentaban los delegados de las tribus y durante algún tiempo trocó su título de Gran Coesre por el de *Egregio*, como se llamaban los demás condes. Por aquel entonces llegaron á creer lo gitanos que les permitirían entrar en la civilización, mas desengañáronse pronto, pues cuando la casa de Austrasia ocupó el trono de San Esteban (trono de Hungría), hubieron de tornar á su existencia vagabunda, sufrieron atroces persecuciones y se vieron arrojados de nuevo al margen de la humanidad. (*Noticia histórica sobre la Hungría y la Valaquia*: Eduardo Thomerel.) En cuanto á los juramentos y lengua gitana se refiere, consultar las obras de Bataillard.

Tan pronto como la amazona pronunció ese terrible juramento, hizo Giska una señal y todo el mundo dobló la cabeza. La vieja bohemia abrió el Evangelio y empezó á leer, cantando :

— El Evangelio gitano... murmuró Juanillo quitándose piadosamente la cachucha.

Giska cantaba :

« ... Los gitanos son los únicos cristianos verdaderos...

... Son los únicos hijos de Dios...

... Así lo declaró Jesucristo...

... Y sólo amó á los caminantes...

... Y dijo : alimentaos como los pajarillos que comen el grano donde lo encuentran...

... Jesús enseñó al gitano á mendigar y á caminar con los pies descalzos...

... San Pedro, su amado discípulo, les enseñó á traicionar á sus semejantes...

... Y se halla en la puerta del Paraíso...

... Porque Jesucristo fundó todas las instituciones (1)... Desde la del robo que se llama « devuélveme » hasta las de la música, buena ventura y calderería...

... Que Jesús, la virgen y santa Sara nos protejan ! »

Cuando hubo cesado Giska aquella extraña oración, levantóse la muchedumbre toda.

La joven amazona envolvió á las chiquillas con los pliegues de su túnica encendida y, divina protectora, avanzó á caballo hacia la parte más oscura de la cripta, aclamada por exclamaciones de amor.

Volvióse por última vez y ordenó :

(1) Los gitanos creen de buena fe en esos preceptos sagrados cuyo origen hallamos en su Evangelio particular.

— Distribuyan el Pan y el Vino!

La turba nómada, agotada por las contorsiones, convulsiones é invocaciones, sólo pensó en recobrar fuerzas. Rodaron bajo las bóvedas barriles henchidos de provisiones y toneles llenos de vino y aguamiel...

Entonces se dió rienda suelta á una de las orgías más espantosas que se hayan visto en las Tres Marías del Mar. Fué tan estupendo aquel aquelarre, que á la reina elegida esa noche se le llamó *la Reina del Aquelarre*.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEDÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFUNSO RUIZ"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO